

# **Pensarse y ser parte: sitios tácticos para un debate**

**Lázaro Israel Rodríguez Oliva**

*Investigador. Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello.*

Con la tinta aún fresca de imprenta, aparece en el campo intelectual cubano otro libro —ahora, proponiendo diálogo y debate— sobre el tema de la participación, compilado por Cecilia Linares, Pedro E. Moras y Yisel Rivero. Se trata de dieciocho textos de especialistas que, de una u otra forma, se han acercado no solo a los referentes teóricos, filosóficos y éticos de la participación, sino a sus expresiones en el contexto cubano.

No están todos los que, en Cuba, han investigado sobre este tema en los últimos años, ni todas las posiciones que podrían formar parte en una discusión sobre este particular.<sup>1</sup> Pero si un mérito tiene esta iniciativa editorial, es el de redefinir posiciones en el debate. La idea de incluir estas visiones tendría que ver, en principio, con una continuación de aquella primera propuesta de socializar los resultados de las investigaciones del equipo del Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello y de los talleres a los que convocó; pero, al mismo tiempo, con un interés manifiesto de implicar a otros profesionales relacionados con el tema, invitando a la mesa de debate a especialistas del Centro de

Investigaciones Psicológicas y Sociológicas y del Instituto de Filosofía, pertenecientes al CITMA; la Universidad de La Habana; el Instituto Superior Pedagógico Enrique José Varona; el Centro Nacional de Superación para la Cultura y el Centro de Investigación Memoria Popular Latinoamericana.<sup>2</sup>

*La participación. Diálogo y debate en el contexto cubano*<sup>3</sup> propicia un lugar para las preguntas, al tiempo que consigue informarnos algunas de las posiciones que sobre este tema se desarrollan en Cuba, cuyo impacto en nuestras maneras de convivir es más esencial de lo que a veces sospechamos.

## **Recuperar lo complejo**

Mayra Espina fija una coordenada en la cartografía teórica del conocimiento. Su brújula es la noción de *desarrollo*, la que explica desde el humanismo, en la totalidad de su expresión y relaciones. Su trabajo se propone romper con las barreras disciplinarias dentro de la ciencias sociales en tanto áreas particulares de producción de saber.<sup>4</sup> Según el artículo, la evolución de

las ciencias sociales asistiría a un «corrimiento de inercia a lo complejo», no exento de meandros y altibajos en la construcción y sentido de los objetos. Espina logra lo que podríamos llamar una indagación de fundamento, una evaluación de principios en torno al hecho de que solo pueden comprenderse los procesos sociales, a partir de la asunción de la categoría *totalidad* como estrategia. No parece casual que esta compilación haya situado el trabajo de Espina al inicio: su lugar es el de las señales, es una introducción y un posicionamiento que facilita la comprensión del fenómeno.

Si bien en este texto la alusión a la participación es mínima, la apertura que propicia su lectura comporta una toma de posición compleja, tanto alrededor de ese tema, como de otros asociados a él como subjetividad, comunidad y cultura, sin los cuales difícilmente podría concebirse aquel. Desde la participación, las ideas de Espina sobre el desarrollo amplían nuestros referentes gnoseológicos para evaluarla, como son la centralidad misma de los sujetos sociales, su ubicación en el vórtice de su accionar, su potencialidad como seres reflexivos y productos de su medio social.

No libres de tensiones e intereses contrapuestos, los procesos de desarrollo participativo plantean la necesidad de lograr puntos de articulación e integración de sujetos discordes. El lugar de lo local en este aspecto es muy rico, teniendo en cuenta el peso que podría tener la dimensión cultural de ese desarrollo para hacer confluír proyectos individuales y metas afines. Solo comprendiendo las múltiples relaciones de la participación, vinculadas tanto con el desarrollo, como con las subjetividades, se hace posible —al decir de la autora— una planificación y concertación de estrategias que acierten en la construcción de agendas comunes entre sujetos diversos en sus condiciones locales de existencia.

En el mismo volumen, Ernel González Mastrapa y Jordi de Cambra se detienen en los conceptos de desarrollo sostenible, desarrollo humano y desarrollo cultural. Recalcan la necesidad de asumir los cambios revolucionarios inherentes a todo proceso de desarrollo, que se traducen en elementos innovadores y estabilizadores.<sup>5</sup>

La pregunta que me interesaría plantearme, a partir de su reflexión, sería si el desarrollo implica la participación como proceso esencial. Su respuesta podría encontrarse, de alguna manera, en la intención de ambos autores de retomar la dimensión cultural del desarrollo allí donde parece más fructífera: en su carácter endógeno y autodirigido, como expresión de una democracia cultural y de una real participación social, conceptos ya trabajados por Linares y otros<sup>6</sup> y que ahora estos autores traen a colación relacionándolos

con su objeto: «la participación se convierte en el prerrequisito de un verdadero proceso de desarrollo y hay que entenderla como medio y como fin de este, así como una de las principales necesidades humanas. Es un acto democrático y un proceso de autoaprendizaje individual y colectivo que transcurre en el propio proceso de toma de decisiones y que implica el compromiso activo de quienes deciden intervenir».<sup>7</sup>

Más o menos con las mismas premisas sobre la autogestión en el desarrollo, Aymara Hernández investiga la cuestión de lo local, partiendo de su relación con el neoliberalismo como estrategia hegemónica de desarrollo. Hernández asocia la promoción de políticas de desarrollo con énfasis en la localidad al auge del neoliberalismo y a la crisis de los Estados de bienestar.<sup>8</sup> Pone en diálogo las experiencias cubanas de desarrollo local con los presupuestos del neoliberalismo, preguntándose si lo local es solo recuperable desde este punto de vista. Su interés declarado es rescatar la noción de desarrollo local del discurso neoliberal y potenciar las alternativas de su utilización en contextos diferentes, como el nuestro, por ejemplo. La autora no demoniza el ambiente neoliberal, lo calcula en su expresión y reconoce sus aportes en el tema del desarrollo local, siempre y cuando la región que lo potencie genere una alternativa de desarrollo que supere los rasgos estructurales del propio neoliberalismo. Por fortuna, en este punto no se nos ofrecen fórmulas, aunque sí se sugieren premisas.

El escenario social de Cuba hoy, según la socióloga, da cuenta de que existen aún muchos obstáculos para implementar formas de autogestión local. Ahora bien, ¿cómo lograr que el modelo de gobernabilidad cubano replantee las concepciones sobre el potencial de *lo local* como estrategia? ¿Incentiva el socialismo el modelo de gestión local? ¿Qué factores afectan, desde el modelo actual, la emergencia de dinámicas participativas en el desarrollo local? ¿Cuáles son las implicaciones participativas del retorno a *lo local*?

Cuando se piensa la participación en su configuración multidimensional y plurirrelacional, tal como se traza en esta reciente compilación del Centro Juan Marinello, otras reflexiones que leemos con frecuencia sobre procesos participativos locales no parecen suficientes para dar cuenta de las condiciones de posibilidad, de existencia y de reproducción de *lo participativo* en su extensión y complejidad. Se desarrolla, al parecer, otra suerte de dinámicas participativas que dan cuenta de la presencia de la participación en otros espacios sociales más amplios.

Pedro Sotolongo, por ejemplo, desde la perspectiva de la complejidad se detiene en uno de esos espacios —el más internacional— que supone la globalización. La inserción de este texto en este volumen se explica

por la intención de sus compiladores de lograr una mayor escala de la participación.<sup>9</sup> Si bien el registro especializado de Sotolongo dificulta la comprensión de sus ideas, es válida la disposición de entender los nuevos procesos sociales emergentes en sus proyecciones participativas, como estrategias de transición. Los movimientos antiglobalización post-Seattle se han organizado valiéndose de formas participativas horizontales, demostrando otras estrategias de asociación que llevan un nuevo formato de relaciones sociales y recurren a otros mecanismos de convocatoria distintos a los tradicionales. La participación a gran escala, con dinámicas que sortean los mecanismos hegemónicos de la dominación y el aislamiento en los actuales marcos de la globalización, es un tema pertinente útil para poder comprender el escenario en el que se insertaría cualquier acción o reflexión sobre la participación en los ambientes locales, muy especialmente en Cuba.

## Una tilde sobre la i

¿Qué define el proceso participativo cubano hoy? ¿Cómo se percibe la participación popular en la tradición de concentraciones, marchas y tribunas, trabajos voluntarios y reuniones convocadas por organizaciones políticas y de masa? ¿Cuánto de participación sustantiva tienen estos formatos institucionalizados en el proceso revolucionario? ¿Cómo entrever, desde la producción de subjetividades sociales alternativas orgánicas, los mecanismos y manifestaciones de la participación ciudadana en Cuba de hoy? Ovidio D'Angelo no ensaya la respuesta, pero sí puntea la inquietud. Establece un eje de análisis evaluativo de la situación social donde cuajan las expresiones y consecuencias de los procesos participativos y de construcción de la subjetividad social en estos momentos, desde un posicionamiento comprometido y, sobre todo, sincero.

D'Angelo se sitúa en el umbral epistemológico de la transdisciplinariedad, procurando una *visión de conjunto*, fértil para un análisis que se plantee

revelar nudos contradictorios de las expresiones de la subjetividad social, al nivel de lo psicológico cotidiano y de la construcción de los sentido vitales; las diferencias y aproximaciones de los discursos sobre las preocupaciones esenciales, explícitas y latentes, de los grupos y los actores sociales; los costos y los riesgos de la política social en su más amplia expresión; las situaciones que llevan a los individuos —en determinadas coyunturas sociales y personales— a la pasividad destructiva, a la sumisión, a no asumir la responsabilidad de su autonomía, lo que les impide la realización de sí mismos y el empleo productivo de sus potencialidades constructivas sociales.<sup>10</sup>

La explicación que propone D'Angelo sobre la *participación emancipatoria* situándola desde la subjetividad, la tradición, las normas restrictivas y la compulsión social, parece muy interesante en estos marcos de comprensión. Desde esta óptica de la *indagación y la propuesta*, el autor consigue relacionar la política, la subjetividad social y la ética de corte emancipatorio para el desarrollo humano. Las identidades sociales, la idiosincrasia del cubano, sus recursos a mano para sortear *causas y azares* no se le escapan tampoco a D'Angelo a la hora de plantear algunas rutas de discusión, para lo que él mismo llama «una cultura del diálogo, empoderadora, reflexiva y creativa». ¿Dónde radica el vacío y dónde la posibilidad de la política para sintonizar las manifestaciones de la subjetividad social en la conformación-confirmación de escenarios consensuados y comprometidos? ¿Cómo pueden formar parte, al calor de un *paradigma ético emancipatorio de la inclusión dentro de la Revolución*, los nuevos sujetos sociales y las nuevas subjetividades colectivas tras los 90?

Con un afán similar al de D'Angelo por situar una perspectiva teórica y metodológica afín con la vertiente participativa, Pedro Moras continúa el tema de las subjetividades y enfatiza la relación entre participación e investigación cualitativa: «La metodología de la investigación cualitativa emerge así como un complemento necesario para el estudio de los fenómenos subjetivos que se manifiestan y dan matriz a la participación social, en tanto se trata de estudiar realidades contextualizadas y dotadas de significación, en la búsqueda de alternativas interpretativas para su explicación».<sup>11</sup>

La investigación «acción participativa» nos ha llegado con el sello de la investigación cualitativa y con la naturaleza sustantiva de la participación como estrategia. Plantea una particular posición cognoscente, una actitud perceptiva desde y hacia el otro, una relación donde el proceso de conocimiento es, en realidad, una ósmosis mutua sin momentos de cristalización ni puntos finales.

En un mismo eje de doble explicación heurística y empírica, y con apunte para debate incluido, José Luis Martín se adentra en el tema de la participación en el multiestratificado escenario de la economía cubana contemporánea. Un análisis de las condiciones reales de una participación social en la realidad laboral de nuestro país, que advierte sobre posibles caminos para desarrollar los mecanismos de decisión popular a partir de estructuras como el sindicato. La participación aquí tendría que ver con «el acceso del sujeto popular (los trabajadores) a la toma de decisiones en aquellos espacios sociales (fábricas, centros de trabajo, etc.) y en aquellos aspectos de naturaleza pública o de interés colectivo (asuntos de la producción, los servicios, la política económica, la comercialización, las condiciones de

trabajo, la estimulación, etc.) que están en su competencia».<sup>12</sup>

¿Sería la participación una categoría para pensarla en términos de competencia? O sea, ¿hasta qué punto podría afirmarse, con Martín, que la participación moviliza una competencia que la valida o la anula? En este caso, la competencia se explica a la luz de la participación, en la capacidad que desarrolle el sujeto mismo para precisar su idea de qué es participar, con referentes empíricos concretos. «Toda participación incompetente es simulada y contraproducente para la emancipación», dice Martín y no le falta razón.

Martín logra algunas reflexiones que son premisas para un debate, como bien los acota, partiendo, en rigor, de precisar de qué participación en la economía podría hablarse, de qué tipo de economía, en qué estadio de desarrollo, en medio de qué tensiones, y con qué dinámicas —internas y externas— determinándola. Esto lo lleva a un esbozo de las manifestaciones de la multiespacialidad económica en la isla en los días que corren, determinante de todo proceso participativo en el ámbito laboral, del que es cauce y matriz. Según esta perspectiva, la multiespacialidad vendría a atravesar —«con filos de navaja», según nos dice—, la participación de los trabajadores en la toma de decisiones.

### Los agentes y los espacios de una «participación concreta»

Los mapas son siempre recursos útiles a la hora de recorrer itinerarios tan imprecisos como los de la participación. Y este que propone Cecilia Linares confirma su utilidad para situar «algunos elementos directores de las dinámicas socioculturales, que sirven de marco a la participación de los distintos actores locales en el desarrollo cultural».<sup>13</sup>

Particularmente, desde sus propósitos y alcances al Estado, la autora va a ubicar los grupos comunitarios organizados y las instituciones civiles (asociaciones y organizaciones no gubernamentales) siempre en un ámbito municipal. Vale aclarar que el municipio se asume acá en su generalidad, como tipo administrativo, si se quiere. Este artículo podría pensarse como uno de esos mapas de escalas generales, que nos remiten a otros que aumentan en tamaño y precisión lo que en aquel se esbozó y anunció. La descripción de Linares se detiene, sobre todo, en las esferas de actuación y competencia de estos actores en la formulación y el análisis de las estrategias de intervención en la cultura.

Así, en el ámbito cultural cubano, el Estado se perfila como el actor principal. Linares precisa el encargo de las instituciones estatales de la cultura a todos los niveles (nacional, provincial, y municipal) ajustando sus

estructuras y formas de acción a las necesidades de la sociedad actual. Cabría preguntarnos en este punto a qué tipo de ajustes se refiere, y también cómo y quién define las necesidades actuales. Es cierto que el trabajo de la investigadora, según se indica, fija su atención en los propósitos de estos actores del proceso cultural. No puedo, pensando desde el alcance real de estas estructuras estatales, dejar de dialogar con el texto de Linares. En este sentido, me parece que, una vez que se haya delimitado el campo y los métodos de actuación del Estado, debemos preguntarnos si realmente concilia, como se deduce del análisis, las realidades y objetivos particulares de los territorios e instituciones para lograr una integración armónica con los objetivos de desarrollos nacionales; o si, efectivamente, en estos momentos se interpreta la cultura como un proceso único y totalizador, el cual trasciende límites institucionales y alcanza la vida cotidiana y convoca, por tanto, a los sujetos receptores de esas políticas estatales a formulación, concepción y evaluación.

Por otra parte, en lo que respecta a las organizaciones comunitarias y las asociaciones pertenecientes a la sociedad civil, coincido con Linares en que los espacios en los que se desempeñan ofrecen un marco muy propicio para la emergencia de procesos auténticos de participación popular, en el sentido de lo que comporta el hecho mismo de la comunión para la expresión de sus identidades colectivas. Pensemos en nuevos  *sujetos visibles* como los roqueros de la Calle G habanera o los itinerantes grupos gays de La Rampa capitalina. Por lo que esta idea de las nuevas proyecciones de lo social apura su pertinencia en un debate.

Es cierto que el mapa de Linares da cuenta de aquellos actores que, como bien declara, tienen una «importancia decisiva por su participación en la elaboración de estrategias de desarrollo cultural». Pero si seguimos la postura de inicio, que entendería tanto la participación como el desarrollo en su explicación procesual y relacional y no estrictamente institucional, entonces la participación de otras redes sociales menos formales, también generadoras de identidades tributarias al paradigma martiano de nación «con todos y para el bien de todos», no puede ser negadas de un mapa de sujetos, si pensamos en que una explicación compleja del fenómeno no solo se explica por las  *estrategias de desarrollo*, sino también por  *tácticas* de ese mismo desarrollo, en las que la participación debe ser un elemento constituyente.

### Educación para la participación o la educación como práctica de la libertad

La educación tiene un incuestionable peso en la cultura, en tanto uno de los ámbitos protagónicos en el proceso subjetivo de incorporación de normas, valores

y puntos de referencia para la comprensión del mundo. No hay cultura de participación sin una educación para la participación. A la búsqueda de explicaciones sobre la participación docente se encamina Yisel Rivero y la enmarca en este perímetro social como un método de trabajo, «desde la dimensión didáctica que le es inherente».<sup>14</sup> Y lo hace en el sentido de aprovechar su capacidad para organizar las instituciones y su rol en la creación de ámbitos atractivos para disenter, discutir, evaluar, confluír. ¿Cómo participan los docentes en las instituciones escolares cubanas? Una pregunta de partida que lleva a Rivero a estudiar las dinámicas de los procesos participativos en la institución escolar a partir de sus manifestaciones concretas y particulares, basada en su investigación etnográfica realizada en dos escuelas de nivel primario de la educación general.

Hay, en este trabajo, una intención latente de distanciarse del criterio de que el marco normativo de la institucionalidad frena, en sí, la emergencia de procesos participativos de reflexión, decisión y evaluación en torno al hacer de la propia institución, sin explicar el tratamiento subjetivo —desde el sentido— que los docentes hacen de todas esas regulaciones y normativas. Otro ángulo destacable de la aproximación de esta investigadora es su simpatía con la idea citada de Fernández Soria de que participar no significa sustituir las competencias de otras instancias.<sup>15</sup> En el ámbito educativo, los niveles y formas de la participación pueden ser diversos. De hecho, Rivero expone un grupo de tareas en las que los maestros reconocen que participan de la organización de horarios, la evaluación de sus alumnos, la elaboración y aprobación del reglamento interno, la organización de actividades extradocentes, la confección del sistema de trabajo de la escuela para el año, así como de la selección de los temas para tratar en los encuentros con los padres, de las estrategias didácticas y metodológicas que utilizan con los alumnos, entre otras. Lo interesante en este punto sería conocer el grado de esa participación.

La conveniencia de tipos de estudio como estos se confirma en la necesidad de valorar la congruencia entre política educativa y los procesos reales de participación. Es la real expresión de *lo dicho en lo hecho*, y viceversa. No parecería suficiente un cuerpo jurídico y propiciador de procesos participativos que dote de derechos a los maestros en la institución educativa estatal, como tampoco la definición de ámbitos, niveles y estructura. Más bien, se precisa que los sujetos se sitúen en su universo de posibilidades e incorporen *su* lugar en *sus* instituciones haciendo, decidiendo, participando.

## Ser joven y participar en el intento

Los jóvenes, desde su proyección contestataria reinventan formas de relacionarse. Esto es, reinterpretan desde su cultura, los canales de participación y dinamizan una socialidad propia. En Cuba, las *maneras de formar parte* están permeadas de lo político en un grado superior quizás a otras sociedades, por razones harto conocidas y, aún más, comprensibles. ¿Cómo, entonces, valorar las percepciones que tienen los jóvenes cubanos sobre su integración a la sociedad sin entender la compleja trama política que le dan forma y sentido? Desirée Cristóbal y María Isabel Domínguez tocan el tema de la participación sociopolítica de los jóvenes cubanos.<sup>16</sup> Asumen la participación como el acceso y la presencia real de los sujetos en las instituciones y organizaciones económicas, sociales, y políticas de la nación, y la posibilidad de intervenir en las decisiones que les conciernen, no solo como beneficiarios, sino también como formuladores de esas decisiones.

Estas autoras trazan un itinerario histórico del protagonismo juvenil entre los sujetos que hicieron y continuaron la última Revolución cubana, para llegar a la década de los 90, lo que contribuye a comprender cómo la participación fue cargándose de un contenido densamente político en Cuba. El reconocimiento de los nuevos rostros, de la heterogeneidad social tras esa década trajo consigo un nivel bastante alto y sostenido de participación juvenil en la esfera económica y social, pero también en la dirección del Estado y la política. El indicador fundamental de esa participación, que se desprende de su análisis, es la pertenencia a organizaciones políticas, algo patente dada la naturaleza del sistema político cubano, a pesar de que, como ellas mismas aclaran, la pertenencia a organizaciones es solo una premisa para la participación y no un indicador de su magnitud e intensidad. La investigación de la que parten estos criterios confirma que existe una visión bastante generalizada de que la participación se traduce en el cumplimiento de tareas y la asistencia a actividades convocadas.

Acertando, Cristóbal y Domínguez hablan de la necesidad de emprender reajustes y balances en el campo de la participación juvenil que, en principio, lleve a los jóvenes a ampliar sus referentes sobre la potencialidad de ella y los haga pensar en sus prácticas participativas, a partir, precisamente, de que sus expectativas, intereses y motivaciones individuales se reconozcan en las proyecciones sociales.

## La estructura no basta

Que no hay estructura que garantice, por sí misma, participación y diálogo parece ser la premisa de partida

**La participación. Diálogo y debate en el contexto cubano propicia un lugar para las preguntas, al tiempo que consigue informarnos algunas de las posiciones que sobre este tema se desarrollan en Cuba, cuyo impacto en nuestras maneras de convivir es más esencial de lo que a veces sospechamos.**

de Elena Socarrás para reflexionar sobre participación, cultura y comunidad.<sup>17</sup> Socarrás se acerca al tema desde una aproximación vivencial al trabajo comunitario, y acentúa un aspecto fértil de los contenidos y potencialidades de la participación: su capacidad para formular y evaluar, en tanto proceso activo donde se planifica y se organiza, pero también se decide sobre lo que se va a hacer, y se constituye en una forma de redistribución del poder.

La participación, desde esta óptica, como la materia —si se me permite la comparación—, *ni se crea ni se destruye, solo se transforma*. Y como aquella serpiente que se muerde la cola, se nutre de sí misma de sus formatos y expresiones matrices, no solo a partir de la intervención de actores o procesos externos, sin desmeritar la influencia que estos puedan tener en sus proyecciones. Socarrás se pregunta, con razón, qué supone y en dónde se coloca quien convoca la participación en su relación con los convocados. Y con esto llama al análisis ético, donde el hombre se hace carne y deja de ser una construcción abstracta, para ser un *sujeto* de relaciones con todo aquello que lo rodea. Al recuperarse al hombre, se explica la carga emotiva que tienen los procesos sociales y se puntualiza que no debe hablarse de la *participación* como si existiera solamente una manera paradigmática de su ejercicio.

¿Cómo explicar y propiciar el consenso para la acción participativa, si no se parte del reconocimiento de la diversidad de visiones del mundo de los sujetos que se implican en cualquier tarea comunitaria? ¿Cómo nutrirse de todo el universo de reinterpretaciones del mundo del auténtico sujeto popular cubano? ¿Cómo crear una participación genuinamente sustantiva y coherente con un sentido dialéctico de la comunión?

Por otra parte, el trabajo de Argelia Fernández Díaz relaciona la escuela, la familia y la comunidad, desde un prisma participativo, partiendo de su experiencia como coordinadora de programas educativos.<sup>18</sup> Este material recoge las experiencias en tres sitios de la capital. El carácter vivencial y descriptivo de este artículo no nos lleva, como el de Rivero, a una evaluación de los procesos educativos en una clave constructiva y crítica, expresión de una voluntad de sortear la descripción de los hechos. Fernández, pese a la referenciada experiencia en la cátedra Comunidad-Escuela, del Instituto Superior

Pedagógico Enrique José Varona, se conforma con los pros y los contras salidos de la reflexión colectiva de sucesivos talleres de evaluación de los respectivos programas y proyectos, sin que se sienta un mínimo de negatividad, necesaria para la crítica si lo que se propone el investigador es encontrar lugares estratégicos para potenciar la participación, como sospecho que sea el propósito que la anima en estas iniciativas. La confianza de la autora en el método y los programas de capacitación huelen, una vez más, a que la participación se nos vuelve medio justificado atendiendo a un fin preciso. Ya tanto Socarrás, como Rivero y D'Angelo habían sugerido señales para pensar, desde otro lugar —a lo Freire—, la educación para la participación como una práctica de la libertad.

## Discurso y práctica

Yamilé Deriche, otra de las autoras que participa en este volumen, destaca que la construcción y el desarrollo de una cultura de la convivencia no solo debe ser parte de nuestros discursos, sino serlo de nuestras prácticas.<sup>19</sup> Esta autora subraya el sentido estratégico y determinante que se le confiere al desarrollo local, en especial en nuestro país, donde hay una «fuerte voluntad política de apoyo al trabajo comunitario». En este punto, la autora introduce un criterio diferente de lo que piensan y han demostrado otras investigaciones incluidas en esta compilación como la de Linares, D'Angelo y Socarrás. ¿Existen condiciones objetivas y subjetivas que propicien el trabajo comunitario más allá, incluso, de la normativa propiciatoria del derecho a congregarse por intereses comunes —que, por cierto, tiene excepciones en las actuales leyes vigentes— y de la voluntad por fomentar una práctica que necesita desarrollarse tanto por sus fuerzas propias, como por la intención de agentes externos? ¿Hasta qué punto se han generalizado estas iniciativas en Cuba con frutos visibles?

Esta autora, una vez y otra, exhorta a «entender el trabajo comunitario como un movimiento de masas», algo rebatible, si vamos a la esencia de los conceptos que vincula. Por lo general, algunas de las más fructíferas experiencias de desarrollo comunitario han partido de lugares donde la institucionalidad vigente no consigue

llegar efectivamente y resolver problemas que atañen a la comunidad. ¿Cuál es el sentido de *movimiento de masa* que propone Deriche para la proyección del trabajo comunitario y su pronta exhortación a asumirlo «no en su condición de homogeneizador ni homologador, sino como un intento de una cultura de la integración»? ¿Qué sería, entonces, un trabajo comunitario si pierde su sentido *comunitario*? ¿Cómo propiciar una *cultura de la integración* con un movimiento de masas que, por su esencia y sus proyecciones históricas, tiende a incluir perdiendo la diferencia y acentuando el referente hegemónico? ¿Dónde queda el carácter *au-to-ges-tio-na-do* que, según Deriche, debe tener cualquier proyecto de desarrollo comunitario? No niego la utilidad de una capacitación para la participación, ni la necesidad de la formación de coordinadores que sí puede hacerse en un marco macrosocial, extensivo, si se quiere. Me inquieta el hecho de que la institucionalización lastra muchas veces lo que de auténtico pueda tener un proceso emergente local en cualquier contexto, y en cualquier época. La experiencia histórica es elocuente.

Propondré un diálogo entre este trabajo de Deriche y el artículo de Casanova y Carcasés, aprovechando el estudio que realizaron estas autoras del Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello sobre la participación en la gestión institucional de la cultura.<sup>20</sup> Aparentemente, la relación entre estas dos visiones es tangencial; sin embargo, los resultados de la última, basados en una encuesta a los 148 directores municipales de cultura cubanos no coinciden del todo con algunas cuestiones que Deriche sostiene.<sup>21</sup>

Revisado desde los discursos de las políticas culturales, el tema de la participación se advierte en la búsqueda manifiesta de un equilibrio entre el papel del Estado y su sistema institucional, garante de la aplicación de la política y las iniciativas de los actores implicados en ella, ya desde su concepción, formulación y propuesta, como en su ejecución y recepción. Según las autoras, «se insiste en la descentralización como fórmula organizativa que redistribuye las oportunidades de los grupos sociales para compartir las decisiones, lo cual presupone una voluntad política para crear espacios diferenciados que faciliten su intervención».<sup>22</sup>

Quizás a esto fue a lo que Deriche llamó «fuerte voluntad política de apoyo al trabajo comunitario», que queda expresado, como intención, en el plano discursivo de las políticas culturales, aunque con la suficiente ambigüedad como para estar sujetas a interpretaciones sesgadas por el hacer, quizás verticalista, quizás paternatista, de quienes se encargan, en el sistema institucional de la cultura, de potenciar el trabajo comunitario como movimiento de masas.

Me gustaría tomar algunas de las conclusiones del estudio del Centro Juan Marinello que me resultan útiles

para analizar esos dos elementos que son el trabajo comunitario y las instituciones. Al decir de Casanovas y Carcasés, el sistema institucional de la cultura tiene propósitos claros de concertar sus intereses en torno al trabajo comunitario y los diferentes actores sociales; pero también aseguran las autoras que la forma de participación en esa concertación privilegia el «nivel consultivo», pero no de decisión. Así, «la falta de especificidad con respecto a las características territoriales, e incluso a las distintas áreas de trabajo cultural, pueden indicar que, en términos generales, no se han definido fórmulas propias para avanzar en este sentido».<sup>23</sup>

Ello explica cierta tendencia a la homogeneización, sustentada en principios generales, válidos en el aspecto propositivo, pero desubicados con respecto a las características de la comunidad donde se proponen intervenir. La ausencia del énfasis en *lo cultural local*, inclina la efectividad de las iniciativas en un sentido no muy favorable. La integración comunitaria desde el trabajo cultural no se puede agotar en la feliz intención de un coordinador cuyos propósitos de trabajo pretenden «una planificación colectiva para el logro de un desarrollo local armónico». Las políticas, infelizmente, no siempre consiguen esa concertación de propósitos y posibilidades, menos aún la conciliación eficaz de esas posibilidades con las oportunidades. La experiencia confirma cuán falibles son las fórmulas (de todo tipo). Insisto en que tan importantes son las estrategias de participación como las iniciativas tácticas que desde ella se potencien. Si asumimos la heterogeneidad social, si reconocemos los rostros diversos del sujeto popular, podremos no solo conseguir políticas culturales más viables y atentas al contexto, sino hombres que se sientan tanto mejor representados en sus discursos como reconocidos desde sus prácticas culturales.

## La manzana y la discordia

Carlos García Pleyán incluye en este volumen una experiencia puntual sobre el diseño urbano de naturaleza participativa en una manzana de la ciudad de Holguín.<sup>24</sup> A mi juicio, el trabajo de este arquitecto se justifica dentro de este compendio de científicos sociales por la ampliación que propone de los ámbitos de la sociedad en los que se alienta el trabajo cultural, y estoy pensado desde la cultura de la participación, porque tan cultural es la promoción de las artes y manifestaciones más auténticas de su estética, como el criterio de los sujetos populares de cómo quieren *vivir* un espacio por reconstruir, como es el caso. Tal fue el propósito del equipo encargado del diseño arquitectónico de una ciudadela en difíciles condiciones de convivencia por

hacinamiento, que se valió del saber popular de sus habitantes para proyectar una iniciativa de transformación integral, como se gusta decir por esta época.

Leyendo la experiencia de La Manzana, se valida el papel de la cultura en todo el proceso de desarrollo local, No es que no haya otros caminos. Los hay, pero casi siempre resultan más costosos, más largos y llenos de obstáculos. No quiero decir que en un trabajo comunitario de base participativa no se produzcan tensiones, desencuentros y tropiezos: los hay y no pocos. Pero sí me gustaría precisar algo que no por obvio se comprende siempre en las estrategias de desarrollo local: no hay participación sin motivación, y mucho menos participación sin implicación.

## Del objeto y los caminos

Si algo bueno tienen las compilaciones, además de las múltiples —aunque no necesariamente divergentes— visiones sobre un mismo aspecto que, por lo general, nos interesa, es que facilitan, por su estructura misma, el trazado de itinerarios de lecturas distintos de los que se sugieren en los índices. Hasta aquí he seguido como camino estratégico el de los compiladores. Casi he respetado el orden del libro, con el objeto de seguir una lógica de este conjunto de artículos en torno a la participación. El diálogo que he intentado con la obra en su conjunto, desde mis preguntas, está orientado de lo general a lo particular, desde aquella situación en *episteme* compleja hasta la manifestación puntual de un tipo de dinámica participativa en una manzana holguinera, pasando por espacios donde la participación se va cargando de claridad en su puesta en relación con otros fenómenos como son los de la subjetividad, el desarrollo, los ámbitos locales y comunitarios, los espacios educativos, laborales, económicos, etc. Pero hay otros *índices* posibles. Voy a seguir un poco la estrategia lúdica que inmortalizara Julio Cortázar en su *Rayuela*, para sugerir *otras* rutas de lecturas. Estos serían caminos sospechados, un croquis más que todo de preferencias y asociaciones.

Un camino cuyo eje sea el de la *construcción crítica de la participación* señalaría como puntos del trayecto, el diseño urbano participativo de La Manzana, de Carlos García Pleyán; pasando por las experiencias docentes que analizan Yisel Rivero y Argelia Fernández respectivamente; así como por los apuntes de José Luis Martín sobre la participación en los espacios laborales y económicos. No dejaría de incluir la propuesta de Desirée Cristóbal y María Isabel Domínguez de pensar los jóvenes desde la participación que logran en el entramado de la sociedad de la que son y se sienten

parte. Un poco más distante, pero oportuno en algunos aspectos sería «Complejidad, globalización y estrategias de transición», de Pedro Sotolongo, en el sentido de que se anota dinámicas emergentes de este fenómeno a escala global que señalan un tipo de *construcción de la participación* de acuerdo con los tiempos que corren.

Otro camino que podría llamarse del *desarrollo local*, sería aquel que se traza partiendo del artículo de Eriel González Mastrapa y Jordi de Cambra, atentos al desarrollo humano, la cultura y la participación. Un mapa del desarrollo orientado a la cultura es esbozado por Cecilia Linares, en la escena del contexto municipal cubano y podría colocarse en este recorrido, que seguiría con el análisis que habían hecho Alina Casanova y Ana Iris Carcasés, sobre la participación en la gestión institucional de la cultura, el cual, aunque no se propone de forma temática el desarrollo, su presencia se advierte a partir de los referentes empíricos que aporta para dialogar —como ya intenté hacer— con el otro trabajo que sí lo trata de manera explícita, firmado por Yamilé Deriche, interesada en la coordinación y la integración en el desarrollo comunitario.

Finalmente, propondría un tercer camino, que concebiría desde la lógica de Paulo Freire en los términos del *sentido del hombre participando*. Sería aquel que aporta el contenido humanista de la participación, donde se situaría Socarrás apostando por lo que podría denominarse una *ética para la participación*. De alguna manera, para esta ruta tendríamos que pensar en la propuesta de Espina, por su utilidad orientadora desde la perspectiva humanista. Tampoco podría faltar en este recorrido la proyección emancipatoria que D'Angelo consigue relacionando la participación con los procesos subjetivos de reproducción de los sujetos. La perspectiva de la investigación acción-participación, por el reacomodo de las posiciones del investigador-investigado, también entraría en este zig-zag de lecturas.

El nuevo libro del Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello, *La participación. Diálogo y debate en el contexto cubano*, no consigue socializar un debate, como sí lo hacen otras compilaciones, frutos de eventos realizados en esa sede. Los artículos no acusan una intertextualidad necesaria para que se produjera ese sentido dialógico pretendido. Tampoco incluye un apartado de debates, como también es hábito. El propósito, la estrategia latente, sí es formular el debate, tanto desde el punto de vista expositivo —con esto me refiero a la lógica de los compiladores de ir de lo general a lo particular—, como desde la misma intención de incluir posiciones diversas, matizadas por particulares miradas y cargadas de muy diversos, y a veces incompatibles, posicionamientos teóricos. Su valor es, ante todo, heurístico, por su capacidad de generar nuevas preguntas, de llevar a

nuevas formulaciones del problema, y de actualizar la vieja polémica —trunca muchas veces por razones discutibles— sobre la participación en el contexto cubano. La de los autores es ya la toma o retoma de *un sitio* en *un debate* sobre la participación, alentadora desde la inquietud que suscita. Es una invitación a pensar la participación, y a participar. Este libro, que hoy nos llega como mapa de esas posiciones, estaría siendo la primera parte de otro texto, fruto de otro encuentro, por convocar, por debatir, por publicar.

## Notas

1. Recuérdese la poco difundida *La participación en Cuba y los retos del futuro* (1996), compilación de Haroldo Dilla, que de alguna manera fue de las primeras iniciativas socializadoras de los debates sobre la participación en la Isla, en plena reforma económica. En este volumen toman parte no pocos de los investigadores que luego se dedicarían y mantendrían la línea desde sus objetos particulares como Miguel Limia, Juan Valdés Paz, Rafael Hernández, y María Isabel Domínguez.
2. Cecilia Linares y Pedro Moras, junto a Sonia Correa habían publicado, también en 1996, otro texto, *La participación, ¿solución o problema?*, aparecido con el sello del Centro Juan Marinello.
3. Cecilia Linares, Pedro E. Moras y Yisel Rivero (comps.), *La participación. Diálogo y debate en el contexto cubano*, Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello, 2004.
4. Mayra Espina, «Humanismo, totalidad y complejidad. El giro epistemológico en el pensamiento social y la conceptualización del desarrollo», pp. 13-40. Cuando no se indica lo contrario, las referencias se refieren a los artículos de la edición que se reseña.
5. Ernel González Mastrapa y Jordi de Cambra, «Desarrollo humano, cultura y participación. Notas para el debate», pp. 51-70.
6. Cecilia Linares y otros, ob. cit., pp. 48-63.
7. Ernel González Mastrapa y Jordi de Cambra, ob. cit., p. 64.
8. Aymara Hernández, «Neoliberalismo y localismo, ¿una asociación posible de desmentir? Respuesta desde la experiencia cubana», pp. 71-85.
9. Pedro Sotolongo, «Complejidad, globalización y estrategias de transición», pp. 41-50.
10. E. Fromm citado en Ovidio D'Angelo, «Participación y construcción de la subjetividad social para una proyección emancipatoria», pp. 88-104.
11. Pedro Moras, «Participación, subjetividad e investigación cualitativa», pp. 105-11.
12. José Luis Martín, «La participación en la economía. Algunas reflexiones para el debate», pp. 116-28.
13. Cecilia Linares, «Desarrollo cultural y participación en el contexto municipal cubano», pp. 129-42.
14. Yisel Rivero, «Participación docente: acercamiento desde la investigación», pp. 143-58.
15. Juan M. Fernández Soria, *Descentralización y participación de los padres y madres en los sistemas educativos*, Ediciones Pomares-Corredor, Barcelona, 1996. Citado por Yisel Rivero, ob. cit., p. 146.
16. Domínguez ya escribía, desde 1996, sobre el tema de las generaciones y la participación en Cuba. Confróntese su artículo homónimo de este tema, aparecido en la compilación de Haroldo Dilla, ob. cit. Desireé Cristóbal y María Isabel Domínguez, «La participación social desde la perspectiva de la juventud cubana», pp. 159-172.
17. Elena Socarrás, «Participación, cultura y comunidad», pp. 173-180. La autora trabajó en el Centro de Estudios de la Juventud, el Centro de Cultura Comunitaria y actualmente se desempeña en el Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello. Ha colaborado en varias compilaciones sobre el tema preparadas por la Editorial Caminos del Centro Memorial Dr. Martín Luther King, Jr.
18. Argelia Fernández, «La participación en algunas experiencias en la interrelación de los centros docentes con la comunidad. Aciertos y desaciertos», pp. 181-92.
19. Yamilé Deriche, «Desarrollo comunitario: de la coordinación a la integración», pp. 193-200.
20. Alina Casanovas y Ana I. Carcasés, «La participación en la gestión institucional de la cultura», pp. 201-09.
21. Alina Casanovas y Ana I. Carcasés, *Qué piensan y hacen los directores municipales de cultura con respecto a la participación en sus territorios*, Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello. Informe de investigación, 1999.
22. Alina Casanovas y Ana I. Carcasés, «La participación...», ob. cit, p. 201.
23. *Ibidem*, pp. 204-06.
24. Carlos García Pleyán, «Diseño urbano participativo en una manzana de Holguín», pp. 209-24.